

# ¿Cómo y con qué pensamos? (Una 'etnografía' de la mente)

Juan Soto

## INTRODUCCIÓN

Titular a un texto *Una etnografía de la mente* lleva un sentido irónico, pues si pensamos que la etnografía debe realizarse en algún lugar físico donde podamos observar la mente, habríamos cerrado ya la posibilidad de cualquier discusión. No obstante, si pensamos a la etnografía como una descripción de distintos aspectos de una cultura, entonces podríamos acercarnos a la idea de qué central es este texto y es que el entendimiento de la cultura nos lleva al entendimiento de la mente. Y para entender la mente de las sociedades es necesario no entrar en la cabeza de las personas sino, precisamente, salirse de ella e ir a los dominios simbólicos de su cultura.

## PUNTO ÚNICO

La psicología de corte fisiológico, la psicología que pretende estudiar los aspectos fisiológicos de la mente humana, la psicología que supone que determinados 'desórdenes' mentales están relacionados con las anomalías del sistema nervioso y circulatorio, no se ha preocupado demasiado por definir ¿qué es la mente? Supongamos, a la par de nuestros colegas de inclinaciones fisiológicas que, en efecto, la mente y las actividades cerebrales están relacionadas. Pero pensemos en el embarazo. Recordemos que durante los primeros meses del embarazo se desarrolla el cerebro el que, al igual que el corazón, se encuentra 'activo'. ¿Deberíamos suponer que una mujer embarazada tiene dos mentes en el mismo cuerpo? ¿Que tiene dos conciencias? Pues no. Esto sería absurdo. Lo cierto es que el otro cerebro que lleva dentro

no le pertenece. Lo mismo que el otro cuerpo. Supone que es suyo porque lo lleva dentro. Es un hecho que el feto está dentro porque se puede comprobar a través de los métodos más tradicionales. La afirmación: 'hay un feto dentro de mí', puede encontrar su corroboración a través de la observación y la experimentación. Pero hay afirmaciones como 'pensé', 'estoy pensando', 'pienso que', 'me vino a la mente una idea', etc., que hacen referencia a algo que suponemos que está dentro, pero que no podemos corroborar que realmente esté ahí. Podemos corroborar, sólo mediante determinados procedimientos excesivamente refinados, que alguna parte del cerebro se 'activa', tal como dicen nuestros colegas, cuando pensamos algo. Pero el hecho de que alguna zona del cerebro se active no quiere decir, en estricto, que los pensamientos, tal como los concebimos (como algo que está dentro de nosotros), estén revoloteando en alguna parte del cerebro. Esta forma de pensar tiene su historia. La génesis de esta creencia se puede rastrear en los anatomistas del siglo XV: "Ellos afirmaban saber que la personalidad y los rasgos de carácter se correspondían con la forma y las protuberancias del cráneo" (Segal, 1986: 63). La frenología, que es una 'doctrina' psicológica que sostiene que las facultades psíquicas están localizadas en zonas precisas del cerebro y tienen correspondencia con los relieves del cráneo, supone que examinar el cerebro y sus relieves permitiría reconocer el carácter y las aptitudes de las personas. La frenología alimentó, notoriamente, esta forma de pensamiento colectivo: "sirviéndose del rostro y del cráneo, Redfield afirmó haber encontrado no menos de ciento ochenta y seis funciones localizadas. Por ejemplo, el área 149 era la localización de la función «republicanismo»; el 148, la del «amor fiel»; y

el 149 A, la de la «responsabilidad». Seguramente algunos de mis amigos que se hipostasian con la psicología política deben tener más desarrollada el área 149 de sus cerebros, el área del «republicanismo». Y seguramente otros de mis amigos, los de noches bohemias, deben tener poco desarrollada el área 148, el área del «amor fiel». Wilder Penfield (1891-1976), un destacado neurólogo norteamericano, quedó impresionado cuando aplicó a uno de sus pacientes una estimulación eléctrica en los denominados lóbulos temporales que, según él, ‘revivían experiencias pasadas’. Sin embargo, no todo queda ahí. “A Penfield le impresionaba la frecuencia de los ataques musicales” (Sacks, 1981: 178). No obstante esto sucedía sólo en el “tres por ciento en los más de quinientos epilépticos del lóbulo temporal que estudió él” (Ídem.). La propuesta de Penfield de que ‘sufrimos’ o ‘padecemos’ ataques o convulsiones musicales no sólo es atractiva para varios de mis amigos que se dedican a la música sino también para mí, pues suelo despertar, casi todos los días, ‘con una melodía en la cabeza’. La mayor parte de las veces se trata de ‘estribillos’, casi nunca de canciones completas, pero lo peor del caso es que muchas veces son estribillos de canciones (eso sí, con todo y melodía), que detesto. Estoy casi seguro que a más de uno les sucede o les ha sucedido lo mismo. Así que todos sabemos de lo que estamos hablando. Y deben entender lo que significa tener esas ‘convulsiones musicales’ de música que a uno no le gusta. Sobre todo porque no parece ser una cuestión de voluntad, lo cual no corrobora que sea parte de la autonomía cerebral. Fue en 1931 cuando Penfield administró por primera vez estimulaciones eléctricas en los denominados lóbulos temporales a un paciente suyo. Según Penfield, sus pacientes ‘escuchaban’, gracias a la estimulación, desde voces y música que les resultaban familiares, pies caminando, canciones cantadas por un coro hasta un perro llorando, por ejemplo. La lista de las canciones iba desde “White Christmas”, pasando por “Rolling Along Together” hasta “Hush-a-Bye Baby”.

Nadie pone en duda la excelencia de Penfield ni los casi “treinta años de pensamiento, experimentación y observación profundos” (Ídem. 298), que empleó para escribir “The Brain’s Record of Visual and Auditory Experience: a Final Summary and Discussion”, pero lo que sí podemos preguntarnos es ¿qué hubiese sucedido si los pacientes de Penfield hubiesen sido fanáticos de los *Rolling Stones* o de los *Doors*? ¿En vez de “White Christmas” o “Hush-a-Bye Baby” hubiesen reportado escuchar “Touch Me” o “Sympathy for the Devil”? Eso no podemos saberlo. De Shostakovich

(1906-1975) “se decía (lo decía un neurólogo chino, el doctor Dajue Wang), [que su ‘secreto’] era la presencia de una esquirla metálica, un fragmento de bomba móvil, en su cerebro, en el denominado cuerno temporal del ventrículo izquierdo. Al parecer Shostakovich se mostraba muy reacio a que le extrajesen aquella esquirla” (Ídem. 181). Y todo parece indicar que el fragmento se movía cada vez que el compositor movía la cabeza y que presionaba el denominado lóbulo temporal musical cuando se inclinaba, lo que le permitía producir una infinidad de melodías que alimentaban su talento. No obstante, debemos recordar que su ópera *La Nariz* (1928), aunque fue bien recibida por el público, fue calificada por los dirigentes del partido comunista como una ‘obra burguesa y decadente’. Los ataques de los miembros del partido comunista obligaron a Shostakovich a ‘reformular’ sus ideas artísticas. Es pertinente decir esto pues quizá la presencia de las esquirlas metálicas en el denominado cuerno temporal del ventrículo izquierdo no sólo puedan llegar a producir ataques musicales, sino pueden despertar un espíritu musical burgués y contrarrevolucionario (y esto lo digo con toda la dosis de ironía posible). Otro caso que puede rescatarse es el de Louis Pasteur. “El gran químico francés se mantuvo profesionalmente activo hasta su muerte a la edad de setenta y tres años. Legó su cuerpo a la Facultad de Medicina de la Sorbona, cuyos forenses llevaron a cabo la autopsia del cadáver, y con gran sorpresa suya, encontraron que el hemisferio izquierdo, el lado del cerebro que creían que albergaba las facultades de la lógica y del pensamiento, estaba consumido casi en su totalidad por un tumor cerebral enorme” (Segal, 1986: 68). Nicholas Humphrey (1992: 95-96) se dedicó, durante siete años, a trabajar con una mona llamada Helen, a la que le habían extraído casi por completo la denominada ‘corteza visual’. Según Humphrey, trató de persuadirla de que no era ciega una vez que la mona había renunciado a ‘mirar las cosas’. De acuerdo con sus testimonios, la mona progresó durante los años posteriores a la extracción de forma tal que ya podía moverse con destreza en una habitación llena de obstáculos e incluso podía tomar diminutas grosellas del suelo, así como capturar al vuelo una mosca. De acuerdo con el investigador, “su visión espacial tridimensional y su capacidad de discriminar entre objetos que diferían en tamaño o brillantez se tornó casi perfecta. No obstante, no recuperó la capacidad de reconocer formas o colores”. ¿Podemos decir que la mona se tornó víctima de lo que humanamente se conoce como ‘visión a ciegas’? Creo que difícilmente podríamos sostenerlo aunque Humphrey está



convencido de que así fue: “si había una grosella delante de sus ojos ella descubría que conocía su posición, pero, al carecer de sensación visual, ya no la veía como estando allí”. Según el mismo Humphrey, la información que obtenía Hellen era lo que él denomina ‘puro conocimiento perceptivo’. No obstante podemos preguntarnos ¿se tiene que estar ‘descerebrado’ para descubrir la posición de los objetos, pero como si estos no estuviesen ahí? Todo parece indicar que no. Las personas que utilizan anteojos, se familiarizan tanto con ellos que ‘dejan de verlos’. Tal como uno se familiariza con sus parpadeos. Hay que poner cierta atención en los parpadeos propios para percatarse de que uno parpadea. Si uno pone la atención debida a los parpadeos, podría sentirse incómodo pues, por lo regular, uno no pone atención a ellos. Uno debe dejar que todo siga su curso para ‘olvidarse’ de sus parpadeos. Aunque están ahí y ocurren, uno deja de ‘verlos’. De alguna u otra forma hemos experimentado situaciones similares. Sobre todo cuando buscamos algo que está justo delante de nosotros, pero no podemos ‘reconocerlo’. O el caso de la persona que busca sus gafas y las trae puestas.

Los niños que por primera vez ven un avión, supongo, no deben saber qué es. Supongamos que alguien siente un extraño picor en la región anal y simplemente se rasca, pero no sabe que el picor es provocado por los oxiuros que han depositado sus huevos en dicha región. Supongamos que

ese alguien no sabe que los oxiuros son gusanos nematodos que pueden llegar a medir de medio a un centímetro de largo y son cilíndricos, además de estar provistos de tubo digestivo. Supongamos que yo les dijera que podría ser probable que más de uno hubiese tragado alguna vez huevos de oxiuro en el agua y posiblemente formen parte de su fauna intestinal. Seguramente si logro convencerlos, sobre todo porque los oxiuros existen, la realidad no podría ser la misma para aquellos que cargan mascotas intestinales en el cuerpo. ¿Por qué estamos hablando de los oxiuros? Porque me parece un buen ejemplo para poder decir que para poder ver algo, lo tengo que reconocer primero, pero para reconocer ese algo, necesito de un ‘dispositivo’ simbólico que me ayude a reconocerlo y dicho dispositivo no es precisamente el cerebro porque, tal como vimos en el caso de la mona Helen, podría recuperar ciertas habilidades aún si alguna parte del cerebro fuese extraída. “Atribuir la pérdida de la función a la ausencia de tejido cerebral es un error. Siempre nos las vemos con el cerebro en su totalidad. Un cerebro lesionado tiene una limitación específica, pero funciona aún como un cerebro en su *totalidad*” (Segal, 1986: 65). La persona que se ha excedido de tragos y que amanece en su cama sin saber cómo lo logró, se encuentra en una situación similar, pero en un sentido contrario. La ‘rareza’ de esta situación estaría precisamente en no saber ni cómo logró abrir la puerta y para colmo de males, no encontrar las llaves al día siguiente para salir de su casa y llamar al cerrajero para abrir la puerta.

Dicen nuestros colegas médicos que tanto el consumo que ellos denominan ‘crónico’ y ‘agudo’ de alcohol puede producir, entre otras cosas: trastornos amnésicos persistentes que podrían desembocar en problemas de aprendizaje (lo que se da por llamar el síndrome de Korsakoff), o que también puede producir ataxia asociada a confusión y parálisis ocular (lo que es mejor conocido como el síndrome de Wernicke), también alteraciones graves de la memoria, demencia crónica y algunos trastornos psiquiátricos tales como ansiedad, alucinaciones, delirios y alteraciones del estado de ánimo (tristeza, por ejemplo). La ingestión aguda, dicen, produce trastornos de la coordinación de movimientos, del equilibrio, del sueño y episodios de amnesia. Las lesiones del sistema nervioso periférico consisten en hormigueos, parestesias y entumecimiento de las extremidades, etc. Con este discurso, que ya está cargado de ‘sentido’, hace difícil que se le antoje consumir un poco de alcohol. De acuerdo con la OMS, el alcoholismo está definido por la ingestión diaria de alcohol superior a los

70 gramos en los hombres y 50 en las mujeres, tomando en cuenta que una copa de licor o un preparado tienen 40 gramos aproximadamente de alcohol, un cuarto de litro de vino tiene 30 gramos y un cuarto de litro de cerveza tiene 15 gramos, etc. Independientemente de los efectos que pueda producir la ingestión de alcohol hay una cuestión que se plantea interesante: ¿cómo puede alguien olvidar cómo llegó a su habitación, pero no olvidar cómo abrir la puerta y no recordar cómo lo hizo al día siguiente? Uno no necesita consumir alcohol para estar en una situación parecida, pues es común que estemos escribiendo, por ejemplo, y que de pronto nos acordemos que debemos hacer otra cosa y que nos dirijamos a la habitación contigua a buscar un libro, pero justo cuando llegamos a dicha habitación nos hayamos olvidado justamente a qué íbamos a la habitación. En ese momento, a pesar de que hayamos olvidado que íbamos por un libro, no hemos olvidado que íbamos a la habitación contigua por algo. Es decir, pueden desaparecer las funciones cerebrales, pero esto no implica la desaparición de las funciones simbólicas que son eminentemente sociales.

Pero estas funciones simbólicas pertenecen no al cerebro sino a la cultura. Pero debe entenderse a la cultura como “memoria no hereditaria de la colectividad”, como un “fenómeno social” (Lotman y Uspenskij, 1971: 71). Dicha memoria no hereditaria en el sentido genético podría expresarse a través de las prohibiciones y prescripciones de una sociedad, de una comunidad o de un grupo determinado de personas. Sólo para ironizar un poco el discurso médico, digamos que el alcohol, más que producir efectos colaterales en el cerebro, produce efectos anticulturales y fenómenos anticultura porque precisamente hace de algunas prohibiciones, meras prescripciones. Uno puede gritar ¡Viva México, cabrones!, pero sin los mariachis, las botellas de tequila, el interior de una cantina y los amigos, uno no sólo haría el ridículo, sino que se estaría olvidando de algunas prohibiciones y prescripciones sobre cómo comportarse en una charla en medio de un congreso, por ejemplo.

Pero es preciso aquí hacer una aclaración: “la cultura puede contraponerse lo mismo a la no-cultura que a la anti-cultura. Si en las condiciones de una cultura que se caracterice por la prevalencia de la orientación hacia el ‘contenido’ y que se represente a sí misma en forma de un sistema de reglas, la antítesis fundamental es la de «ordenado *versus* no ordenado» [...] en las condiciones de una cultura dirigida predominantemente a la ‘expresión’ y representada como un conjunto de textos regulados, la antítesis fundamental

será la de «correcto *versus* erróneo». Trátese de una cultura orientada hacia el contenido o hacia la expresión. Podemos ver fácilmente que las nociones de ordenado-no ordenado y correcto-erróneo, varían en términos de tiempo y espacio. Sobra decirlo, pero si es necesario podemos mencionar que lo que sería ordenado y correcto en una cultura, podría ser no ordenado y erróneo en otra. Ahora bien, sabemos que “pegando distintos bistecs no obtendremos un ternero, pero cortando un ternero podemos obtener bistecs, sumando los actos semióticos particulares, no obtendremos un universo semiótico” (Lotman, 1984: 24). Es decir, es necesario entender, antes que nada, las funciones simbólicas y los dispositivos simbólicos a partir de los cuales funciona una cultura y después entender el funcionamiento del cerebro a través de dichos dispositivos. No es posible entender las funciones y la actividad cerebral, lejos de la cultura en la que se encuentra contenido.

Veamos. La descripción de cómo es un cerebro, con sus hemisferios, sus fisuras, su masa (calculada en 1.3 kg), su superficie rugosa, etc., se parece a la descripción de un planeta y funcione como sea, la descripción de la forma en que lo hace es eminentemente cultural, simbólica. Para ser más precisos digamos que: “nuestros cerebros no están en una cubeta, sino en nuestros cuerpos. Nuestras mentes no están en nuestros cuerpos, sino en el mundo. Y por lo que respecta al mundo, este no se halla en nuestros cerebros, nuestros cuerpos o nuestras mentes: estos están en él junto con dioses, verbos, rocas y política” (Geertz, 1999: 194). Las obsesiones antropológicas sobre ‘la naturaleza mental de la cultura’ y ‘la naturaleza cultural de la mente’ parecen, en realidad, más que juego de palabras un problema mal resuelto. Y ya que hay muchos psicólogos sociales, permítaseme decir que como les gusta pensar en términos de niveles de explicación, también resulta un error pensar así la realidad, ya que “el camino hacia una avanzada comprensión de lo biológico, lo psicológico y lo sociocultural no se logra mediante su disposición en algún tipo de cadena jerárquica del ser que ascienda de lo físico y biológico hasta lo social y semiótico emergiendo y dependiendo de cada nivel que se encuentra por debajo. Ni tampoco se logra tratándolos como realidades soberanas y discontinuas, dominios clausurados y aislados, conectados externamente unos con otros («interfaced» como dice la jerga) por fuerzas, factores, montantes y causas vagas y adventicias sino como complementos, no como niveles; no como entidades, sino como aspectos, como paisajes y no como regiones” (Geertz, 1995). ¿Cómo y con qué pensamos? sigue siendo al parecer una

pregunta no resuelta por los antropólogos ni los psicólogos. Es una pregunta que se ha vuelto a poner en el centro de las discusiones incluso de los físicos. “El hecho de que el cerebro y la cultura coevolucionaran, dependientes uno del otro incluso para su misma comprensión, ha vuelto insostenible la concepción del funcionamiento de la mente humana como un procesos intracerebral intrínsecamente determinado que los recursos culturales (Ídem. 194).

Hace ya tiempo que Segal afirmó que: “en nuestra práctica científica, la denominación ‘semiótica’ se refiere no sólo a la ciencia abstracta sobre las propiedades universales de los sistemas sgnicos, sino principalmente a una determinada orientación científica, todavía apenas en formación, que abarca aquello que en otros países estudian ciencias como la antropología cultural (social, estructural), la psicología social, la etnografía histórica, el análisis del contenido, la poética, la crítica de arte, etc.” (Segal, 1979). El pensamiento colectivo nos permite diferenciar, por ejemplo, el agua ‘simple’ del agua ‘bendita’, del agua ‘de sabor’, etc. Y no es gracias al cerebro que podemos establecer estas diferencias sino gracias a los elementos simbólicos de la cultura a la que pertenecemos. Si yo le dijese a mis compañeros que el agua que están bebiendo es bendita, quizá no les importaría, pero eso tendría ya una carga de sentido para muchos de ustedes porque el agua bendita no es para beber. Su uso está sujeto a un conjunto de prescripciones y prohibiciones, pero independientemente de ello: “la cuestión es que, cuando interpretamos lo convencional como lo útil, lo convencional se convierte para nosotros, también en lo ‘natural’, en su doble sentido de inherente a la naturaleza y normal para la cultura” (Sahllins, 1976: 78). Tal como Boas lo señaló alguna vez, en varias culturas es moneda corriente que se enseñe a las personas a no llevarse el cuchillo a la boca bajo el argumento de que es filoso y puede cortar los labios, pero no se toma en cuenta que utilizando los tenedores (que fueron inventados después de los cuchillos) de acero y puntas aguzadas uno también podría herirse los labios o la lengua.

De acuerdo con Boas esta situación muestra que la explicación en torno al cuchillo, por ejemplo, es sólo un intento racionalista secundario tendiente a explicar una costumbre que de otro modo no tendría explicación. En síntesis, “la racionalidad sería nuestra racionalización” (Sahllins, 77-78). Pero esto deja en claro que si tratásemos de explicarnos cuál es el sentido de hacer esto o aquello, tal como asistir a un congreso, aplaudir después de una charla, tomar notas mientras uno habla, beber agua con la idea de

que así se habla mejor, adoptar la actitud ‘esnob’ de público interesado y conferencista interesante, etc., estoy casi seguro que muchas de las cosas que hacemos comenzarían a dejar de tener el sentido que tienen porque se pondría en evidencia el trasfondo no cultural de la cultura. O en todo caso el trasfondo material y cerebral de lo simbólico y afectivo de la cultura.

Los etnólogos pueden explicarnos por qué diablos no hay que poner los codos sobre la mesa cuando comemos y nosotros podemos maravillarnos con el origen de toda una tradición, pero ir más allá podría implicar el cuestionamiento de la tradición misma, lo cual podría significar que muchas de las prácticas culturales como decir hola y adiós, como dar un beso cuando saludamos a alguien y otro cuando nos despedimos de ese mismo alguien, etc., comenzarían a dejar de saborearse. Terminemos con una idea: “el efecto social no resulta de la causa natural. Si bien puede ser propiedad del fuego quemar una casa, no es propiedad del fuego quemar la *propia* casa. O bien, la respuesta pude remitirse directamente al nivel cultural: no está en la naturaleza del fuego quemar una *casa*, porque el fuego sólo quema madera. Una vez incorporada al campo humano, la acción de la naturaleza deja de ser un mero hecho empírico y adquiere un significado social” (Sahllins, 117).•

#### Referencias

- Geertz, C. (1999): “Cultura, mente, cerebro / Cerebro, Mente, Cultura”, en *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 191-209.
- Lotman, I. (1984): “Acerca de la semiosfera”, en *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*, Valencia, Frónesis, 1996, pp. 21-42.
- Lotman, I. y Uspenskij, B. (1971): “Sobre el mecanismo semiótico de la cultura”, en Lotman, I. y Escuela de Tartu: *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra, 1979, pp.67-92.
- Sacks, O (1981): *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. México, Océano, 1985.
- Sahllins, M. (1976): *Cultura y razón práctica*. Barcelona, Gedisa, 1997.
- Segal, D. M.: “Las investigaciones soviéticas en el campo de la semiótica en los últimos años”, en Lotman, I. y Escuela de Tartu: *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra, 1979.
- Segal, L (1986): *Soñar la realidad (El constructivismo de Heinz von Foerster)*. Barcelona, Paidós, 1994.

JUAN SOTO es profesor investigador en el Departamento de Sociología de la UAM-Iztapalapa. Su libro más reciente es *Psicología de la Complejidad* (UAM-Plaza y Valdés, 2006). Correo electrónico: soto@lycos.com. Página electrónica: <http://members.fortunecity.es/juansotoram/home.html>